EPILOGO.

Hemos visto el estado del mundo á la venida de Cristo y hemos tenido ocasion de admirar el cuadro triste que presentaba la sociedad, y la opresion, la miseria, el embrutecimiento y la degradacion en que fluctuaba el pueblo; hemos visto al pobre y al oprimido sirviendo á los caprichos del poderoso, al vencido arrastrando las cadenas de la esclavitud, al vencedor holgándose en las desgracias de su víctima, y entre tanto desórden, en medio de tanta confusion la humanidad oprimida fluctuando entre las tinieblas de la ignorancia que impedia ó imposibilitaba el curso de la civilizacion; pero en medio de tan críticas circunstancias, entre las sombras de tan deshecha tempestad se deje ver en el horizonte el iris de paz, y la estrella de Belem brilla para la reparacion del género humano; entonces sonó en el mun-

do la hora de su salvacion, y Jesus aparece para regenerarle y devolver al hombre los derechos que el egoismo y la usurpacion le arrebataran; en el Gólgota se tremola un estandarte de salud que consigna los derechos de la humanidad y la ley del amor sobre las ruinas de la tiranía.

Bien pronto los discípulos del Redentor se esparcen por el mundo, su voz truena hasta en los mas remotos climas, á su eco hermoso acuden de todas partes, y en las banderas de la cruz se afilian de todas clases y condiciones cuantos sienten en su corazon latir el amor á los hombres y el horror á las intrusaciones legales, á las rapiñas gloriosas, á la devastacion, al incendio, á la opresion y á la muerte; en vano los privilegiados y egoistas quieren detener su curso victorioso, en vano se aprestan hogueras y cárceles, se inventan suplicios, los hijos de la cruz nada temen, á todo se esponen, la sangre de los mártires corre á torrentes, y el árbol hermoso de la humanidad, fecundizado con riego tan precioso, produce el opimo fruto del amor fraternal, la ley de la igualdad se sanciona entre los horrores de la persecucion, y la ilustracion descorre el velo de la ignorancia que celaba los entendimientos y coloca el mundo en su progreso moral y civilizador.

El clero cristiano llena en todos sentidos su mision humanitaria: el pobre, el oprimido y el necesitado, encuentran en él el consuelo de sus desgra-

cias, y por mas que el ambicioso egoista le persigue y maltrata, no logra apartarle ni un ápice de su deber; su constancia, su virtud, su heroico desprendimiento y su amor á la humanidad triunfa en todas partes, y de las sombras de los desiertos, de las lobregueces de los calabozos, del centro de las catacumbas sale la cruz á dominar en el palacio de los emperadores, sustituye al frente de las legiones á las águilas, y bien pronto la ley de la caridad es la ley del Estado, y sobre las ruinas de la idolatría se ve triunfante el Evangelio de Jesus. No hay espectáculo mas interesante que el de una sociedad que se disuelve, y otra que se eleva; pero la sociedad cristiana que se funda sobre el mundo romano, y que á las fábulas paganas sustituye la verdad católica, en medio de su triunfo tuvo aún que luchar, y las herejías, los delirios de Juliano y los cismas, aparecen para combatirla; entonces un nuevo espectáculo ofrece á nuestra vista, un nuevo combate se empeña y la civilizacion toma un asombroso incremento, merced á los desvelos del sacerdocio, que así llevó la revolucion á los corazones y dió la ilustracion al mundo defendiendo los derechos del hombre, y esparciendo sobre la tierra la hermosa semilla de la caridad que enseñó su divino Maestro.

Entonces aparecen en continuo combate el mundo oriental, el mundo cristiano y el mundo septentrional, y se disputan el dominio de la tierra

el helenismo, el cristianismo, la filosofia y la barbarie: herido en el corazon el helenismo se esfuerza inútilmente por regenerarse admitiendo lo mejor que encuentra de su adversario: tronco carcomido que no refrigera el rocío del cielo, y que semejante al upas derramaba una sombra mortífera sobre todo sentimiento de amor y de generosidad, no podia recibir el ingerto del olivo destinado á vivificar el mundo. Despues de haber cesado de matar se arma el paganismo de argumentos en las escuelas, se adorna con símbolos en los templos, llama en su ayuda con todo empeño las preocupaciones de la aristocracia, y los hábitos del vulgo; y sin embargo, tan luego como le falte el apoyo de la legalidad viene á espirar en las catacumbas donde el cristianismo se habia engendrado [1].

Sabiendo éste que la resistencia es un crímen cuando cesa de ser un deber, á fin de no provocar los tiranos, habia derramado primeramente su sangre en silencio y con el perdon en los labios; pero tan pronto como adquirió robustez y lozanía en los tormentos, y en los varoniles deleites de la soledad, y de la abstinencia, levantó la voz en medio del estruendo de las armas: de creencia

1 Consideramos el catolicismo como una inmensa fuerza civilizadora, y por eso le contemplamos como una religion de libertad y progreso: la demostracion de la santidad de sus dogmas pertenece á otras ciencias.

personal é interior se trasforma en institucion; tiene su gobierno, sus rentas, su representacion, sus asambleas, y puede ya desprenderse de las trabas de la sociedad civil. Esta prosigue pagana en el fondo, en sus instituciones, en sus leyes, tal como nació y logró su engrandecimiento; y el imperio, si bien reconoce el Evangelio, marcha en diferente sentido que el que le prescribe.

No se proponia su derrumbamiento el cristianismo, porque propende á mejorar á los hombres para que la sociedad se mejore; no quiere corregir ésta á costa de aquellos, segun el método seguido hasta entonces por los sabios. De consiguiente, no hace cesar repentinamente la guerra, la esclavitud, la obediencia pasiva. ¿Y qué fuerza poseia para esto? No precisa las relaciones de conciencia entre reyes y pueblos en atencion á que aun no habia naciones cristianas, sino individuos. El gobierno se halla todavía en manos de emperadores que son á la vez pontífices y dioses, gefes del Estado, del ejército y de la religion, con un senado dispuesto á aprobarlo todo, y un ejército pronto á lanzarse á cualquiera empresa. Pero la Iglesia declara que hasta los emperadores dependen de Dios que los encumbra y derroca á su albedrío; que son iguales á los demas hombres, y destinados como todos á su juicio eterno, á su irrevocable sentencia: la rigidez de la ley romana debe plegarse ante las leyes cristianas, y la arbi-

traria distincion que establecia ante la inflexibilidad de la moral y de la justicia. No destrona los Césares, pero los derriba del altar y los lanza del pontificado. Al lado de la sociedad que perece, se levanta otra enteramente nueva, enteramente distinta, fundada en la igualdad de los hombres sin nobleza ó privilegios hereditarios, con una gerarquía electiva en donde los honores, la consideracion y el poder se hallan apoyados en el mérito.

A pesar de cuanto llevamos dicho aun no podremos denominarla sociedad cristiana mientras los depositarios de la nueva doctrina no se apoderen del hombre en la cuna, le aparten de las ideas antiguas y trasformen en costumbres el régimen que gobernaba cuando abrieron sus ojos á la luz, infiltrando en su alma las nuevas doctrinas con los preceptos recibidos en el regazo materno, objeto que no podia conseguirse, ínterin permanecia en pié la ciudad romana, que fundada por la fuerza, solo por la fuerza podia ser destruida.

Si el gobierno libre no es aquel que emancipa al hombre de toda subordinacion, sino en el que el yugo de la fuerza cede al de las reglas de la moral, la sumision, ciega á la creencia racional, el suplicio á la expiacion, debemos decir que el derecho canónico en su integridad conducia mejor á la emancipacion que las leyes romanas. Resisten los cristianos, porque temen mas á Dios que al hombre; los individuos y las naciones aprenden,

que si en un lugar se les persigue, pueden buscar en otro asilo á los derechos de su conciencia. Cuando los romanos definian la ley diciendo: *que es lo que agrada al príncipe* [1]: cuando, segun Aristóteles, valia mas *ser gobernado por un hombre, que por buenas leyes* [2], los sacerdotes cristianos enseñaron á desear en todos los paises instituciones tales, que no fuera posible á los príncipes tiranizar á sus súbditos [3], y S. Agustin profesaba la doctrina de que *los gobiernos fueron instituidos por el pueblo y para el pueblo*, doctrina que enseña la soberanía nacional [4], la abolicion de la pena de muerte, y es el primero que se declara por el sistema penitenciario, por ese sistema tan cacareado por los modernos, gloria y esperanza de nuestro siglo: en las asambleas parroquiales, diocesanas, ecuménicas, encontramos los principios y el orígen de los gobiernos representativos encomiados por la nueva filosofia como el término del progreso moral: encontramos el orígen de la libertad y de la igualdad en el Evangelio, las vemos practicadas en las asambleas de los fieles; la Iglesia nos presenta el primer ejemplo de las monarquías electivas, cuyo gefe, aunque escogido entre el pueblo, obtiene de los fieles una obediencia perfecta. Hasta lo que

1 Quod principi placuit legis habet vigorem.
2 Aristót. Polit. III.
3 Santo Tomás de regimine Principum.
4 De Civitate Dei 12. 2. 15. 1.

pareció un sueño de espíritus benévolos y utopistas, esto es, un lenguaje comun, y la paz universal por medio de asambleas generales se realizó en lo posible por la sociedad cristiana, por el uso de la lengua latina y los concilios.

En aquellas asambleas prelados inermes osan contradecir á los emperadores; y cuando los senadores compiten en cobardía y bajeza, los obispos despliegan una admirable energía, y llenos de dignidad oponen á los decretos imperiales la voz de la conciencia. El concilio Niceno es el primer ejemplo dado al mundo de una asociacion de todos los pueblos conocidos diferentes en leyes, usos y civilizacion congregados por una misma fé, y aunque independientes, enviando sus diputados á discutir cómo debemos creer y adorar, y la manera como nos debemos conducir. Allí son reconocidos muchos derechos, se proclama un símbolo de unidad general que corona las doctrinas mas sublimes de los tiempos antiguos, inaugurando así desde entonces una nueva éra de progreso para la civilizacion, para la inteligencia y para la humanidad.

Desterrada en todas partes la libertad por el funesto influjo del egoismo, cupo al clero la honra de hacerla renacer; y el asilo que el mundo la niega, lo encuentra en el santuario protegida por los sacerdotes en las doctrinas de *Aquel por quien reinan los reyes*. A primera vista parece que ha-

llamos un vislumbre de despotismo en aquel gobierno de la Iglesia que impone lo que se debe creer, estiende su imperio sobre la conciencia y prescribe la herejía; pero se nos ofrece bajo muy diferente aspecto, si se considera que trae su infalibilidad bajo un principio superior al hombre, y que sirve para satisfacer la razon completamente: obra en todas las cosas por cartas, concilios y discusiones hasta el punto de tomar las determinaciones una por una, y despues de una madura é individual deliberacion tomada en comun. Hasta las herejías prueban cuánta actividad reinaba en aquel cuerpo, en que la autoridad parecia deber sofocarlo todo. *Jamas*, decia el obispo Sidonio, *sufriré la servidumbre del espíritu; me parece que se rebaja demasiado el que está obligado á ocultar su pensamiento* [1].

Habia sentado el cristianismo como base de su doctrina lo que hay de mas general en sus creencias y en la razon humana; y así, solo tenian las inteligencias que trabajar para levantar el hermoso edificio de la ciencia sobre un cimiento sólido, de donde hubiera resultado, sin disputa alguna, la completa regeneracion del saber, y el inmenso progreso que es el fruto de la armonía. A pesar de todo, y aunque las condiciones de aquella sociedad y los desastres que la sobrevinieron retarda-

1 Ep. 8. 18.

ran los resultados que debian recogerse, aparece de nuestra obra, y claramente se ve, que ni una sola de las mejoras de los tiempos mas civilizados hay que no se halle á lo menos anunciada en las obras de los santos Padres. Habiendo sucedido á los apóstoles y á los mártires para sostener con la sabiduría y la palabra las creencias, nacidas y propagadas en el pueblo y para el pueblo, rompen el círculo de imitacion en que parecia encadenada la literatura pagana, y dan nacimiento al siglo de oro de la literatura cristiana. Sus escritos nos suministran mil particularidades de la historia de los pueblos, los progresos lentos, pero seguros, por cuyo medio adquirió madurez la revolucion mas vasta y completa, y los obstáculos que la opuso la ciencia, el egoismo, la costumbre y la ambicion, apoyadas en usos antiguos hasta el momento en que fué llamada la ciencia á sustentar con su energía las nuevas doctrinas. Así el clero regenera la literatura y la saca de su estado de inaccion, colocándola en el sendero progresivo que la ha de llevar á su perfeccion.

Ya antes de Augusto las producciones de espíritu y las artes no se proponian otro objeto que escitar los instintos personales, pero las doctrinas de la Iglesia, que el clero propagaba, fomentaban una pasion completamente social entre los fieles. La nueva sociedad, llena de vida y energía, no podia permanecer estacionaria, y en continuo movimiento todo lo abarcaba, y hácia todos los ramos del saber humano dirigia su impulso. Al leer los autores paganos de los primeros siglos del cristianismo, parece que componian en paises distantes de todo tumulto, dentro de la Roma triunfal, y llena de confianza en sus divinidades protectoras: tan puerilmente cantaban al borde del sepulcro, incensando por reminiscencia á las inmortalidades ya difuntas.

Los padres no podian menos de mirar con desden un arte tan envilecido, y que no podian amoldar á su severidad y á aquella elevacion con que tronaban desde el púlpito, discutian en el concilio y cantaban en la soledad, y que siempre los hacia los hombres de la realidad y de su tiempo: en sus escritos respetan y revelan los padecimientos de una sociedad que perece, y se hacen héroes de la caridad y de la oposicion, cuando en las banderas contrarias solo militan la baja adulacion, la resignacion afeminada, ó la dolorosa paciencia.

Despues de la lucha contra el paganismo, sostenida por espacio de cuatro siglos por los cristianos que proclamaban la libertad de creer y de adorar, consiguen por fin entonar su triunfo, haciendo libre del César el espíritu del hombre; pero entonces se necesita echar los cimientos del nuevo edificio, consolidar la disciplina y depurar y esclarecer las creencias. Surgen á cada paso he-